

mútuamente, lanzando terribles estocadas que penetraban fácilmente en los desnudos cuerpos de los indios, pero su posición era crítica y difícil. De repente, y cuando apenas podían sostenerse sobre el corto terreno que ocupaban, nuevos batallones tlaxcaltecas cayeron sobre ellos con el ímpetu del huracán, y aunque trataron de mantenerse firmes, se vieron arrastrados por el peso de la multitud, y puestos en desorden. La victoria parecía segura ya para los tlaxcaltecas. Perdida la formación, que había sido hasta entonces el dique puesto al impetuoso torrente, el pequeño número de soldados castellanos tenía que quedar sepultado bajo el tremebundo oleaje de la multitud. En vano Hernán Cortés y sus bravos capitanes daban voces, recomendando á los soldados que procurasen volverse á unir. Sus gritos se perdían entre los alaridos y espantoso ruido de los instrumentos de guerra de sus contrarios. El jefe español, que sentía crecer su esfuerzo y su espíritu cuanto mayor era el peligro, acometió con la caballería á los escuadrones tlaxcaltecas que agobiaban á la infantería, llevando á media rienda los corceles, procurando contener el ímpetu del enemigo para dar lugar á que los infantes lograsen rehacerse y unirse. Todo, sin embargo, hubiera sido inútil, si al extraordinario número de combatientes hubieran reunido los generales tlaxcaltecas el conocimiento de la ciencia militar europea. Pero ignoraban el arte de la guerra de sus contrarios, y no sabían sacar provecho ni aun de las ventajas que les daba la superioridad numérica. Muchas veces ésta les era acaso perjudicial, pues ignorando el modo de mover las columnas ordenadamente sobre un solo punto, las conducían en tropel, entor-

peciendo su acción, y presentando al enemigo enormes masas de hombres que se estorbaban mútuamente (1).

Hernán Cortés, aprovechándose de la falta de táctica de los jefes tlaxcaltecas, buscó el punto donde las masas se hallaban más desordenadamente aglomeradas, y penetrando por ellas con sus corceles á media rienda, movió á un lado y á otro los caballos con indecible rapidez, derribando á los guerreros que se oponían á su paso. Los infantes españoles, aprovechándose de la confusión producida por los jinetes en las filas tlaxcaltecas, y obligando con la punta de sus espadas á separarse á los que más cerca tenían, lograron formarse de nuevo, haciendo retroceder con sus ballestas y arcabuces á los que poco antes les oprimían con su peso.

Los jinetes fueron los que sacaron al ejército castellano del terrible conflicto y acaso de una próxima derrota; pues, «después de Dios, que es el que nos guardaba,—dice Bernal Díaz,—ellos fueron fortaleza».

Unida la infantería, y colocados los cañones convenientemente, los disparos hechos sobre las compactas columnas tlaxcaltecas abrían inmensos claros en ellas, mientras la caballería, libre para atacar á su salvo, acometía derribando centenares de guerreros y poniendo en confusión á las masas, sin dar lugar á que pudieran asirse de sus lanzas.

Los estragos empezaron á ser terribles y á calmar el

(1) «Una cosa nos daba la vida, y era que, como eran muchos, y estaban amontonados, los tiros les hacían mucho mal; y demás de esto, no se sabían capitanear, porque no podían allegar todos los capitanes con sus gentes.»—Bernal Díaz del Castillo.

ardor de los valientes tlaxcaltecas. Inexpertos en el arte de la guerra, habian perdido la oportunidad del triunfo, y empezaron á retirarse temerosos. Cortés, al notar que flaqueaban, arremetió con mayor ímpetu con la caballería, y secundado su acertado movimiento por los infantes, introdujo el desórden en el ejército contrario. En vano Jicotencatl procuraba con su voz y con su ejemplo disputar la victoria y mandaba á sus capitanes que acometiesen con sus escuadrones. Sus órdenes no fueron secundadas por todos. El jóven Chichimecateuctli, que guardaba contra él un profundo resentimiento por la ofensa que le infirió en la batalla anterior, se retiró del campo con su cuerpo de diez mil hombres, induciendo á que hiciese lo mismo con sus escuadrones otro comandante de nó menos importancia llamado Tehuexolotzin (1).

Luchó Jicotencatl otro momento, á pesar de la falta de los escuadrones que se retiraban; pero reducido su ejército á las dos terceras partes con que habia empezado la batalla; muertos muchos de sus oficiales, entre ellos un jefe distinguido de alta importancia; destrozadas sus filas por la caballería, y sufriendo un fuego destructor de los arcabuceros, que avanzaban unidos, alentados por la confusion que reinaba en las filas tlaxcaltecas, se vió precisado á abandonar el campo, y emprendió la retirada con órden y serenidad.

Los jinetes castellanos siguieron á media rienda el al-

(1) Sufré el historiador Solís una equivocacion al decir que el jóven Chichimecateuctli era aliado de los tlaxcaltecas. Era precisamente nacido en la misma república, y su padre, como tengo ya dicho al referir la batalla del día 2, era uno de los señores mas respetables de Tlaxcala.

cance de sus contrarios; pero se hallaban todos los caballos heridos y fatigados despues de un combate de cuatro horas en que no cesaron de trabajar un solo instante, y desistieron de perseguirles.

Numerosas debieron ser las bajas que sufrieron los escuadrones tlaxcaltecas; pero el cuidado que tenian en retirar los muertos y los heridos, hizo que no se llegasen á saber sus pérdidas. Entre los prisioneros se contaban tres jefes principales que se habian batido con notable arrojo.

El ejército de Cortés tuvo mas de sesenta soldados heridos, algunos de gravedad, que murieron en la noche, y uno muerto sobre el campo de batalla. Todos los caballos sacaron alguna herida, aunque ninguna de cuidado. En el número de los soldados heridos se encontraba el bravo Bernal Diaz del Castillo, que recibió una pedrada en la cabeza y un flechazo en el muslo (1).

Los tlaxcaltecas confirmaron en esta batalla el concepto de valientes en que los tenia el jefe castellano. Se habian batido por espacio de cuatro horas, acercándose á sus enemigos «tan determinadamente—dice Hernan Cortés—que algunos de ellos entraron dentro del real y anduvieron á cuchilladas con los españoles». Así lucharon brazo á brazo haciendo uso de sus macanas y de sus lan-

(1) El Sr. Prescott, en una nota que pone en su obra de la conquista, cree, hablando de esta batalla, encontrar contradiccion en Bernal Diaz, cuando afirma que en el combate tuvieron un muerto, y luego al hablar de los que entraron en el real, dice *los muertos*. Pero no existe contradiccion. Bernal Diaz, con la verdad que acostumbraba, particulariza que durante la batalla hubo *un muerto*; pero esto no es obstáculo para que despues de ella, de los sesenta heridos, muriesen otros.

zas contra las cortantes espadas toledanas. Si la victoria les volvió la espalda, no fué por falta de arrojo, que manifestaron tenerlo muy grande, sino porque en la ciencia militar estaban muy lejos de tener los conocimientos de su experto y bravo competidor (1).

Los españoles, heridos unos, y llenos de fatiga y de cansancio todos, juzgaban milagroso su triunfo, y elevaron su acento al cielo, dando gracias á Dios de ver ausentarse á sus temibles contrarios (2).

Hernan Cortés, satisfecho del éxito de la batalla en que «quiso nuestro Señor, dice, en tal manera ayudarnos»,

(1) El Sr. Prescott hace algunas reflexiones relativas á la batalla, atribuyendo la derrota de los tlaxcaltecas, entre otras causas, á una que no está de acuerdo con la verdad histórica. Dice que la imaginacion de los guerreros indios «se alucinó cuando vieron la extraña aparicion del caballo y el jinete, moviéndose unisonos, cual si estuvieran poseidos de una naturaleza comun», no siendo por lo mismo de admirar «que lo rodeasen del misterioso terror que se siente por un sér sobrenatural». Pero este terror, si lo causó en los tabasqueños que con efecto creyeron que caballo y jinete formaban un solo sér, no se verificó en los tlaxcaltecas. Estos sabian ya que eran dos cuerpos distintos y mortales; y por lo mismo que lo sabian, se detuvieron á combatir desde el primer dia contra la caballería, logrando matar dos caballos y derribar por tierra sus jinetes. En la siguiente batalla, no solamente mataron una yegua, sino que la llevaron en triunfo por todos los pueblos, publicando así que era un animal mortal. Que la consideracion del Sr. Prescott no puede aplicarse á los escuadrones tlaxcaltecas que combatieron el dia 5, se ve con solo leer lo que el mismo Sr. Prescott dice, al hablar del primer encuentro tenido cuatro dias antes. «Los indios (tlaxcaltecas) lejos de demostrar el terror que acostumbraban los nativos por el extraño y terrible aspecto de una cabalgada, emprendieron un furioso asalto contra los caballos.» En seguida agrega, que los indios, despues de descargar sus armas arrojadizas, «cayeron furiosamente sobre el pequeño escuadron de españoles, esforzándose en arrancar las lanzas de las manos de éstos y desmontar á los jinetes».

(2) «Y cuando nos vimos libres de aquella tanta multitud de guerreros, dimos muchas gracias á Dios.» — Bernal Diaz.

volvió vencedor al cerro de Tzompachteplet, donde habia asentado su cuartel general.

Colocados los centinelas en los puntos mas importantes y alojada la tropa en el teocalli y chozas contiguas, se procedió á la curacion de los heridos. Se carecia, como ya tengo dicho, de medicamentos para atender á los necesitados de ellos, y á los heridos únicamente se aplicaba la grasa que se habia extraido del cuerpo del indio muerto en el primer encuentro.

El soldado que habia perecido en el combate, fué conducido al real, y enterrado en un subterráneo de una de las casas, con otros que murieron despues de resultas de las heridas.

No es de creerse que este cuidado de dar sepultura á los cadáveres, reconociese por causa el deseo de «ocultar que los hombres blancos eran mortales», como algunos han escrito, sino el de evitar que fuesen llevados como trofeo, y presentadas sus cabezas á los ídolos. Noticias tenian de que muchos españoles habian perecido en Yucatan, en la expedicion primera de Córdoba; y porque les creian mortales, habia deseado Jicotencatl hacerles prisioneros para sacrificarles á sus dioses.

La noche llegó. Hernan Cortés dobló el número de vigilantes, y el resto del ejército se retiró á descansar. El tiempo se manifestaba destemplado y crudo. Los soldados, escasos de alimentos y sin mas ropa que la delgada que habian usado en la isla de Cuba y en las cálidas costas de Veracruz y de Yucatan, sentian el helado y penetrante frio que el aire sutil llevaba de las nevadas montañas. Carecian de capas y de mantas, y aunque mostraban

siempre buen ánimo y alegría, no por esto dejaban de sentir menos lo crudo de la temperatura, pues como dice irónicamente y con mucha verdad Bernal Diaz, «las lanzas y ballestas no eran las mejores pieles para mantener en calor el cuerpo» (1).

Hernan Cortés, deseando inclinar á la paz al gobierno tlaxcalteca, envió otra nueva embajada al senado, brindándole con su amistad y haciéndole presente los males que le sobrevendrían á la república, si sus representantes se obstinaban en la guerra. Los encargados del mensaje, fueron los tres distinguidos personajes hechos prisioneros en la batalla de aquel dia, y los dos que habian llevado á Cortés la vispera, la arrogante contestacion de Jicotencatl.

Los mensajeros prometieron desempeñar sinceramente la comision confiada á su lealtad, y salieron del campamento español agradecidos al buen trato recibido del general castellano.

Entre tanto que ellos hacian las seis leguas de camino que separaba el real castellano de la capital de Tlaxcala, Hernan Cortés se disponia á verificar una segunda excursion por los pueblos inmediatos que antes no habia recorrido, con objeto de castigar la actitud hostil que guardaban y hacerles desear la paz.

Al siguiente dia, 6 de Setiembre, al despuntar la primera luz de la aurora, salió sin ser percibido de nadie, con los doce de caballería, cien infantes y los aliados cempoaltecas. Su objeto era sorprender á los pueblos y aldeas, que eran todos guerreros, antes de darles lugar á que se reu-

(1) «Porque las lanzas y escopetas y ballestas, dice, mal nos cobijaban.»

nieran para defenderse unidos. Muchos de esos pueblos eran de otomíes, gente belicosa que los tlaxcaltecas colocaban en los puntos avanzados. El país por donde la columna se dirigia era pintoresco, pero muy quebrado. Al lado de pequeñas vegas de elevados maizales, cubiertos de doradas mazorcas, se levantaba una colina pedregosa donde crecia el áspero nopal, ostentando en sus carnosas y erizadas puas, su jugoso fruto. Cortés cayó sobre los descuidados pueblos sin dar lugar á muchos de ellos á que se defendieran; pero en otros encontró una resistencia obstinada. Los que no acudieron á las armas para defenderse, fueron tratados con dulzura, sin hacerles sentir los rigores de la guerra. Los que se presentaron á impedirle la entrada, combatiendo tenazmente, sufrieron las consecuencias de la lucha. Esta fué terrible en una de las poblaciones que contaba «mas de tres mil casas», dice Cortés, «donde pelearon contra él los habitantes». El combate, aunque rudo, fué corto, y los tlaxcaltecas y otomíes abandonaron la poblacion.

La misma heroica resistencia encontró en otros puntos; pero «como traíamos la bandera de la cruz, dice, puñábamos por nuestra fé y por servicio de Vuestra Sacra Majestad, en su muy real ventura nos dió Dios tanta victoria, que les matamos mucha gente, sin que los nuestros recibiesen daño».

Como se ve, Cortés y sus compañeros se juzgaban, aunque pecadores, como instrumentos de que se valia el cielo para extender las máximas del Crucificado; como soldados de una cruzada santa que combatian por el bien de la humanidad, que no podia existir sin el cristianismo. Esta

creencia les daba esfuerzo para sufrir las fatigas, soportar el hambre, despreciar los peligros, acometer casi lo imposible y marchar á la muerte con serenidad y sin orgullo.

El jefe español continuó su excursion por los pueblos durante algunas horas. Queriendo manifestar que si era bondadoso con los pacíficos, sabia castigar severamente á los que le combatian, entregó al fuego diez aldeas que se manifestaron hostiles, y amenazando que haria lo mismo con las que continuasen haciéndole la guerra, se retiró á su real llevando abundantes víveres, y gran número de prisioneros que luego puso en libertad.

A la noticia de la incursion hecha por los castellanos, los habitantes de los alrededores se unieron á los que habian sido asaltados, y á la una de la tarde formaron un numeroso ejército que, perfectamente armado, se preparó para ir al combate. Pero no era ya tiempo. Cortés habia llegado una hora antes á su real, y los prisioneros puestos en libertad manifestaron á sus amigos que los españoles se hallaban ya en su campamento.

La generosidad usada por Cortés con los prisioneros, llenó de asombro á los nativos del país. Entre ellos, todo el que caia cautivo era destinado al sacrificio; y por lo mismo, el rasgo de humanidad del jefe español les llenó de satisfaccion y de asombro.

Al siguiente dia se presentaron al general castellano varios mensajeros enviados por los caciques de los contornos. Iban acompañados de varios esclavos que conducian víveres para ofrecer á los extranjeros. Hernan Cortés les recibió con la amabilidad por él acostumbrada. Los enviados entregaron el presente, manifestando que

anhelaban la amistad de los castellanos, y ofreciéndose como súbditos de la corona de España.

El ofrecimiento fué admitido con notable satisfaccion, y el general castellano concibió con él grandes esperanzas. Aquel paso dado por los pueblos comarcanos, lo juzgó como el prelude de otros de mayor trascendencia, y obsequió finamente á los mensajeros, que se alejaron despues de recibir vistosos presentes de cuentas y cascabeles.